

La primera etapa de la Antropología americana (1839-1873)

J. IMBELLONI

CONTENIDO

- 1.—Primer jalón: A. D'Orbigny y S. G. Morton.
- 2.—Predicación y testamento científico del autor de *Crania Americana*.
- 3.—Se abre la discusión: Daniel Wilson y Aitken Meigs.
- 4.—Retorno a la nebulosa: Bernard Davis y Jeffries Wyman.
- 5.—El cierre de la disputa: Busk, De Quatrefages y Hamy.
- 6.—Doble postulado, de la uniformidad y del aislamiento.
- 7.—Teoría del Mongoloidismo: Humboldt y Pickering.
- 8.—Curiosa vitalidad de los "dogmas científicos".

* * *

1. — Con el año 1839 se inicia el proceso científico, propiamente dicho (1), de la antropología de América. Se publican, por extraño azar, en esa misma fecha, dos obras igualmente clásicas: el grueso volumen de los *Crania Americana* del doctor Samuel George Morton, en la ciudad de Filadelfia (2) y en París la obra no menos voluminosa de Alcydes

(1) Entiendo hablar de investigaciones metódicas realizadas directamente sobre materiales americanos, en vista de la clasificación morfológica y racial, y cumplidas en el mismo territorio de América. Naturalmente, no pueden ser comprendidas en este rubro las conclusiones más o menos apresuradas de los autores del siglo XVIII y principios del XIX, urgidos por la necesidad de colocar la población aborigen de América en un gajo más o menos definido del árbol del Hombre (Linnaeus, Buffon, Blumenbach, Cuvier, etc.)

(2) Samuel George MORTON.—*Crania Americana*. Filadelfia, 1839.

D'Orbigny titulada *L'Homme Américain de l'Amérique Méridionale* (3).

Consideradas con relación al método de investigación, las dos obras difieren intensamente. D'Orbigny es un naturalista viajero y sus observaciones son, esencialmente, las de un biólogo que anota con exactitud y atención todas las impresiones recogidas a lo largo de los caminos, en las fiestas lugareñas, en las ciudades y en las florestas, mediante la visión directa del indígena, sin descuidar uno que otro cráneo o resto osteológico obtenido de cementerios, ni las momias exhumadas de las tumbas; pero el material fundamental está constituido por la observación del indígena viviente en las actitudes de la existencia diaria.

Indudablemente el "modus" de D'Orbigny ofrece ventajas grandes cuando se trata de recoger indicios sobre la vida misma, las costumbres, habitación, vestido, armas y el grado de cultura, lo que en zoolo- gía y botánica corresponde a la biología de los organismos. También brinda facilidades para aquellas observaciones somatológicas que conciernen a los caracteres de la estatura, desarrollo corpóreo, proporciones y especialmente a los llamados caracteres tegumentarios y pigmentarios (coloración dérmica, cabello e iris). En cambio, no procedió D'Orbigny a practicar mensuras antropométricas y craneométricas en vasta escala, las únicas que ofrecen el medio de emplear una morfotécnica exacta de los caracteres arquitectónicos, o de construcción, propios de cada grupo racial humano.

Mientras D'Orbigny recorría las amplias comarcas sudamericanas, el médico y naturalista estadounidense Samuel Morton se dedicaba a un trabajo de muy diversa índole, esto es, a completar sus anotaciones y observaciones anatómicas y morfológicas realizadas sobre la numerosa colección de piezas osteológicas, en su gran mayoría craneológicas, que con infinita paciencia y tesón había ido reuniendo, en las últimas décadas, de todas partes del mundo y particularmente de las más apartadas regiones de los dos continentes americanos, la que formó el núcleo de las actuales colecciones antropológicas de la Academia de Ciencias de Filadelfia, ciudad que en ese período representaba lo más alto de la investigación naturalista en el Nuevo Mundo.

(3) Alcydes Dessalines D'ORBIGNY.—*L'Homme Américain (de l'Amérique Méridionale) considéré sous ses rapports physiologiques et moraux*. Paris, 1839.

La condición en que se habían colocado los dos autores, en resumen, no podía ser más desigual, a pesar de la identidad del problema encarado, que consistía en la clasificación del Indio.

El naturalista francés actúa precipuamente sobre la base de la observación externa, en su carácter de explorador y viajero, y también de biólogo, y se limita, territorialmente, a Sudamérica. El médico norteamericano, en cambio, actúa en un campo de discriminaciones anatómicas rigurosas, disponiendo de todo el tiempo necesario, de material numeroso e instrumental de precisión; además enfrenta a todo el amplio panorama del Mundo Nuevo.

Todos creerían que el veredicto de D'Orbigny debiera ser favorable a la vieja idea de la unidad del Indio americano, que ya había formulado un viajero del siglo XVIII, don Antonio de Ulloa, cuya afirmación apodíptica es que "*visto un indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos, en cuanto al color y contextura*" (4). Esta frase estaba destinada a convertirse en punto de apoyo para los creyentes en la posición singular y apartada del indio con respecto al árbol humano. Todos esperarían, en cambio, que las operaciones discriminatorias realizadas en Filadelfia produjeran un dictamen adverso, no sólo porque las colecciones de aquella Academia debían, necesariamente, presentar un muestrario suficientemente completo de las variedades más distintas y distantes de los grupos humanos de América, sino porque se sabe que es justamente en los caracteres exteriores, tegumentarios y pigmentarios, donde reside el *quid commune*, el llamado "aire de familia" que tiende, en cierto modo, a nivelar nuestras impresiones visivas del panorama racial americano.

2. — Hay que convenir en que estas expectativas de carácter puramente lógico no tienen en cuenta un factor esencialísimo, y es la personalidad del investigador, la que en ningún caso se mueve en un radio de posibilidades libres, sino, por el contrario, sufre el predominio de asociaciones de ideas y sentimientos, tendencias y conceptos, fórmulas generales y presunciones que flotan en el ambiente de su propia formación o están determinados por la mentalidad de los lectores a quienes se dirige, y todo esto constituye algo así como un inmenso campo magnético

(4) Don Antonio DE ULLOA.—*Noticias Americanas, etc.* Madrid, 1792, pág. 253.

cuyas líneas de fuerza inciden en las direcciones especulativas.

El hecho es que, mientras D'Orbigny escribía aquella frase memorable, que "un Peruano difiere de un Patagón, y un Patagón de un Guarani, más de lo que difieren entre sí un Griego y un Etiópico o un Mongólico" (5), Morton enunciaba la fórmula de un tipo uniforme del cráneo, común en todos los Americanos, expresada luego con mayor fuerza en la conocida frase: "cualquiera que se tome la pena de comparar estas series de cráneos americanos (de las naciones cultas, así como de las bárbaras), deberá reconocer, yo pienso, que los hechos que se derivan de los caracteres orgánicos corroboran la posición que yo he mantenido desde largo tiempo, esto es, que todas las naciones americanas, exceptuando las tribus polares, pertenecen a una sola raza y a una sola especie, aunque dividida en dos grandes familias, las cuales se parecen una a otra en sus caracteres de orden físico, aunque no del intelectual" (6)

Tres años después de la publicación de *Crania Americana*, en su famosa "Encuesta" leída en la reunión anual de la Sociedad de Historia Natural de Boston, después de insistir en la uniformidad de la coloración cutánea y estatura de las "naciones americanas", repite Morton con creciente insistencia, que "la misma conformidad de organización muéstrase igualmente en su estructura osteológica, visible en la cabeza cuadrada o globulosa, el occipucio aplastado o vertical, los huesos malares salientes, la mandíbula pesada, las órbitas anchas y cuadrangulares y la frente baja y huyente. He tenido —añade— la oportunidad de confrontar cerca de 400 cráneos procedentes de tribus que habitan en casi todas las regiones de ambas Américas y he quedado atónito al averiguar en qué modo todos esos caracteres, en mayor o menor grado, cubren totalmente aquellas regiones. El mismo resultado se obtiene, por igual, en las naciones antiguas y las modernas del Nuevo Continente, ya que los más remotos cráneos de los cementerios del Perú, de las tumbas de México y de los *mounds* de nuestro propio suelo son de idéntico tipo que las cabezas de las tribus más salvajes que sobreviven actualmente. Su orga-

(5) D'ORBIGNY.—*L'Homme Am.*, obra citada, vol. I, página 123.

(6) Reunión de la Academy of Natural Science, Junio 19. de 1841; ver "Proceedings of the Academy etc.". Filadelfia, 1841, página 52.

Las mismas palabras se encuentran también en *Crania Americana*, página 260.

nización física comprueba que el origen de una ha sido igualmente el origen de todas". (7)

Y así, en forma continuada e incesante, hasta sus últimos días, y hasta en su publicación póstuma intitulada "El tipo físico del Indiano de América", insiste en las mismas ideas, siempre con mayor empeño y énfasis. Esas ideas, o tesis, quedan resumidas en la sentencia que "*del Cabo de Hornos a Canadá, de Océano a Océano, las naciones americanas, exceptuando a los Esquimales, presentan un tipo común en la organización física no menos que en la moral y mental, lo que les confiere una posición aislada del resto de la humanidad*" (8). Durante veinte y un años de actividad, en Congresos y Academias, el doctor Morton quedó fiel a sus proposiciones de 1839, siempre más convencido de la veracidad de esas fórmulas a las que consideraba como el más valedero resultado de sus largos estudios craneológicos.

Podriase comprobar, *a posteriori*, que la observación estrictamente craneológica fue puesta por el autor en segundo orden, y dominada por las ideas que corrían en esa época sobre la pretendida unidad lingüística (9) de América, uniformidad de religiones y costumbres, y, en el campo antropofísico, uniformidad de los pigmentos y del pelo.

Pero ya en 1842 Andrés Retzius, en una sesión memorable celebrada en Cristiania, había dividido a los indígenas americanos en tres grandes grupos: dolicocefalos prognatos, braquicefalos prognatos y

- (7) Samuel G. MORTON.—*An Inquiry into the distinctive characteristics of the Aboriginal Race of America*, leído en la reunión anual de la Boston Society of Natural History, abril 21 de 1842.
- (8) Samuel G. MORTON.—*An account of the craniological collection, with remarks on the classification of some families of the human race*; en "Transactions of the American Ethnological Society", vol. II, página 217.
- (9) Predominaba en esa época la opinión de que los idiomas de América, desde el Océano Artico hasta el Antártico formaran una unidad idiomática compacta, diferenciada de las lenguas de otras partes del globo. Sus características distintivas residirían en la estructura gramatical. A esa masa de idiomas fue dado el nombre de "lenguas polisintéticas" por Du Ponceau. Muy poco ha quedado en pie de esa clasificación, a partir del momento que señala la substitución del antiguo criterio "formal" por el criterio "genésico". Se han reconocido en América más o menos 120 familias lingüísticas; por otra parte ha quedado excluido que el llamado "polisintetismo" fuese peculiar y propio de los lenguajes americanos.

braquicéfalos ortognatos (10), mientras poco después Augusto Zeune, en Berlín, evidenciaba la existencia de grandes diferencias en las razas de América, no menores de las que aparecen en el Viejo Mundo (11), y el profesor Roberto Latham, en Londres, declaraba abiertamente, valiéndose de las mismas medidas publicadas en las tablas de Morton, que el autor de *Crania Americana* había caído en un error, pues los indios, opuestamente a sus conclusiones, son, con mayor frecuencia, dolicocefalos (12).

3. — Se abre de este modo un período de acaloradas discusiones sobre la uniformidad o diferenciación del Indio, las que en estos primeros tiempos se basan únicamente en el índice cefálico horizontal. La larga disputa tiene por teatro la Academia de Filadelfia, el Colegio de Toronto, la Sociedad de Ciencias Naturales de Boston y la Asociación Americana para el progreso de la ciencia.

Fue este el período más brillante de la Antropología de la América del Norte, por el plano de generalización y la plenitud especulativa que caracterizaron aquellas memorables discusiones; después de 1880 y hasta nuestros días, las mejoras de pura técnica no se han visto acompañadas, allí, por igual desarrollo de las actividades clasificatorias.

El primero en levantar la voz en contra del *American Homotype* —que así será rebautizado en nuestros días por Hrdlicka, el viejo patrón imaginado por Morton— fue el profesor de Toronto, Daniel Wilson, escocés de nacimiento, hombre de amplísima cultura general y particular y de un humanismo profundo, que hace gustar aún hoy sus ya viejas páginas a todo lector refinado.

Lo curioso de esta época, que puede considerarse comprendida entre los años 1850 y 1870, es el hecho de que todo el esfuerzo de los antropólogos más activos e independientes se dirigió, con impulso apasionado y algo revolucionario, a demostrar un hecho muy simple, que hoy

(10) Andrés A. RETZIUS.—*Sobre la forma del cráneo en las distintas naciones* (en lengua sueca, luego traducido al alemán). Christiania, 1847.

(11) August ZEUNE.—*Ueber Schaedelbildung zur festern Begründung der Menschenrassen*. Berlín, 1846.

(12) Robert GORDON LATHAM.—*The natural History of the varieties of Man*. Londres, 1850.

admitimos sin dificultad alguna, es decir, la existencia de grupos americanos provistos de cráneo dolicomorfo.

Si uno busca el por qué de tal afán, lo encuentra de inmediato en las repetidas afirmaciones de Morton, quien había descripto con estos términos el cráneo típico, común a todos los Americanos: "*vértice alto, occipite chato, cara ancha y, más que todo, la forma de la caja craneana, a guisa de un cubo o de una esfera*" (13). Estos últimos caracteres, que son propios del cráneo peruano de la Costa, y, en general, del Andido, y que Morton había definido como distintivos de su famosa *Single Race*, implicaban, como consecuencia directa, la sentencia que los Americanos fuesen todos braquicéfalos.

Daniel Wilson, fuerte de la observación de tupidas series de cráneos del Canadá, empieza en 1856 a puntualizar que de ningún modo le ha resultado comprobar que los cráneos indígenas de la región de los grandes lagos coincidiesen con los braquicéfalos cuboides y esferoides de Morton; si se observan entre los indios más recientes formas globulosas, ellas dependen de la invasión de tribus modernas (14). El año siguiente, con mayor número de tablas demostrativas, insiste en el carácter dolicomorfo de los más conocidos grupos de indígenas (15), y en 1861 reedita, enriquecido y aumentado, en un capítulo magistral intitulado *The American Cranial Type* (16), su resultado comparativo obtenido de la consideración de gran número de observaciones directas.

Mientras D. Wilson redacta esas contribuciones tan minuciosamente compiladas y expuestas con estilo de gran escritor y fino polemista

(13) Misma obra que en la nota 6, página 36.

(14) Nota sobre algunos restos de indios del Canadá Occidental, publicada en "Canadian Journal etc.". Toronto, noviembre, 1856.

(15) Daniel WILSON.—*Supposed prevalence of one cranial type through the American Aborigines*; en "Canadian Journal etc.". Toronto, noviembre, 1857. Publicado también en Inglaterra, en "Edimbourg New Philosophical Journal", Enero, 1856.

(16) Este capítulo forma parte del II tomo (páginas 199 a 288) de la clásica obra de Daniel WILSON: *Prehistoric Man, Researches into the origin of civilisation in the old and the new World*; 2 tomos. Cambridge y Londres, 1862.

También salió publicado en el "XVI Annual Report Smitsh. Inst. for 1862", Washington, 1863, páginas 249 y sigg.

ta, el profesor de Filadelfia, J. Aitken Meigs (17), provisto de mayores recursos técnicos y de sorprendente iniciativa morfológica, rebelándose contra la idea de continuar indefinidamente ceñidos a la única cifra del índice cefálico horizontal, inventa, casi treinta y cinco años antes de Giuseppe Sergi, el método de la investigación sintético-artística conocido hoy día en los laboratorios con el nombre de Craneoscopia.

Coincidiendo en la finalidad con los trabajos posteriores de Sergi, Aitken Meigs reconoció un cierto número de formas craneoscópicas, por él llamadas "formas étnicas", distinguiendo aquellas que son propias de la dolicocefalia de las que pertenecen a la braquicefalia. Entre las "formas étnicas" del cráneo dolicomorfo figuran las que Aitken Meigs denomina *Pyramidocephalic Form*, *Cymbecephalic F.*, *Stenocephalic F.*, *Cylindrical F.*, *Archencephali* y *Phoxocephali*; gran número de cráneos americanos son asignados, en las tablas clasificatorias, a tales formas. En las conclusiones de su trabajo de 1866, formuladas en 15 puntos que llenan una página, Aitken Meigs no sólo reconoce el predominio numérico del cráneo dolicomorfo, sino también yuxtapone territorialmente a los pueblos dolicocefalos y a los braquicefalos de América, tanto en el continente Norte como en el austral, con una aproximación que no puede evitar de sorprender al antropólogo de hoy. Por último, no conforme con haber cubierto con una lápida a la *Single Race* de los secuaces de Morton, se dedica a bosquejar una indagación preliminar de los grupos raciales del Viejo Mundo cuyos representantes "homiocefálicos" serían los grupos americanos.

4. — Pero la ciencia, en los momentos formativos de toda disciplina, suele engolfarse en los caminos más tortuosos, y a menudo perder-

(17) J. AITKEN MEIGS.—*Catalogue of the human Crania in the collection of the Academy of Nat. Sc. of Philadelphia*; "Proceeding Ac. Nat. Sc.". Filadelfia, 1857.

Mismo autor.— *Indigenous Races of the Earth*, Filadelfia, 1856.

Mismo autor.— *Observations upon the form of occiput in the various races of Men*, Filadelfia, 1860.

Mismo autor.— *Observations upon the cranial Forms of the American Aborigines based upon specimens contained in the collection of the Academy of Nat. Sc. of Philadelphia*; en "Proceedings of the Academy of Nat. Sc.", Filadelfia, 1866, páginas 197—235.

se por temporadas en el más desesperante laberinto. ¡Recuérdese la química del Medio Evo, la zoología del siglo XVI y la medicina de Paracelso!

Una colección de 56 cráneos del Perú, que el viajero George Squier (18) enviara al Peabody Museum de Cambridge Mass., dió origen, en 1871, a un escrito de Jeffries Wyman (19) en que se condena la discriminación realizada por Wilson y Aitken Meigs, y se rechaza que las colecciones peruanas examinadas por el primero en Boston pudiesen comprender ejemplares "naturalmente alargados", o dolicomorfos. También el gran craneólogo inglés Bernard Davis (20) había rechazado esta posibilidad, guiándose por las figuras publicadas en el libro de Wilson; pero Wyman hace ahora algo más, pues ha revisado personalmente las piezas de la vieja colección Blake, en que Wilson se fundara.

Este "retorno" a la antigua nebulosa no podría ser entendido por el lector, si no introdujéramos en la escena aquella curiosa *dramatis persona* que es la deformación artificial de la cabeza, practicada tan ampliamente en la casi totalidad de América, que apenas —se ha dicho— el 10 o el 5 por ciento de los cráneos de las colecciones americanas estarían realmente inmunes.

En la época de que hablamos se tenía en torno a la deformación artificial y a sus efectos un conocimiento por completo embrionario, y casi únicamente se sabía que los variados modelos plásticos artificiales pueden alterar las proporciones fisiológicas del cráneo, a veces en el sentido de aumentar su longitud y otras veces en el de aumentar su anchura. Nada más obvio, pues, que la deformación artificial cumpliera en aquellas discusiones el papel de un agente intermediario singularmente cómodo y oportuno. En efecto, el factor de elasticidad morfológica por ella aportado, brindaba un arma utilísima a uno de los dos bandos contendores.

(18) E. George SQUIER.—*Peru, incidents of travel and exploration etc.* Londres, 1877, páginas 580 y sigg.

(19) Jeffries WYMAN.—*Observations on crania etc.*; en "IV Ann. Rep. of the Peabody Musseum, Cambridge Mass.". Boston, 1871, páginas 10—24.

(20) Joseph Bernard DAVIS.—*Thesaurus Craniorum.* Londres, 1867 a 1875. Mismo autor.— *On ancient peruvian skulls*; en "Journal of the Anthropological Institute of G. Br. a. I.", vol. III, Londres, 1874, páginas 94—100.

Se explica muy bien el caso de Morton, quien, después de haber considerado en su primera obra como formas naturales las cabezas deformadas, en los escritos posteriores se retracta, y esgrime la sospecha de deformaciones como fundamento para rechazar sistemáticamente a todo cráneo alargado.

En el caso de D. Wilson, B. Davis y J. Wyman, los hechos se produjeron de un modo curioso.

Wilson había publicado el perfil vertical y lateral de unas piezas de la colección Blake (figuras 58 a 63) para demostrar la presencia de dolicoídes en el Perú, y, con el fin de advertir que no se trataba de cráneos alargados artificialmente, se adelantó diciendo que el recorrido de las suturas y de la norma vertical en su conjunto seguía fielmente los cánones de la simetría bilateral, lo que constituía una prueba de que las piezas no habían sufrido alteración alguna. Estas proposiciones provocaron la acción contraria de Bernard Davis y Jeffries Wyman. Davis primero, y Wyman después se arrojaron en contra de Wilson, sosteniendo que, en primer término, los cráneos traídos por éste como ejemplos estaban deformados, y, en segundo lugar, que la deformación por medio de vendajes produce siempre formas simétricas.

He observado con atención las piezas incriminadas, en las figuras del libro de Wilson, y debo declarar que las tres piezas, tanto la adulta como las infantiles, han sufrido la deformación artificial; la primera pertenece al tipo Tabular Oblicuo y las últimas al Anular Oblicuo.

Este hecho lamentable nos sugiere dos observaciones.

En primer lugar, que el error cometido por Wilson fue originado por el escaso conocimiento morfológico de las piezas deformadas propio de la época; hoy la técnica diagráfica, que desde quince años he adoptado para el estudio mecánico de las deformaciones (21), nos coloca en

(21) J. IMBELLONI.—*Deformaciones intencionales del cráneo en Sudamérica etc.* en "Revista del Museo de La Plata", tomo XXVIII, Buenos Aires, 1925, páginas 329—407.

Mismo autor.—*Die Arten der künstlichen Schaedeldeformationen*; en "Anthropos", tomo XXV, Viena, 1930, páginas 801—830.

La bibliografía completa de mis obras sobre este tema puede consultarse en las páginas 243 a 245 del libro: Adolfo DEMBO y J. IMBELLONI.—*Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*; Biblioteca "Humanior", sección A, tomo III.

condición de reconocer grados de alteración plástica mucho menos intensos del que presentan las piezas que Wilson tuvo la desgracia de considerar intactas. En segundo lugar, podemos hoy juzgar *a posteriori* que difícilmente habría logrado conseguir pruebas objetivas de la presencia de dolicocefalos en el Perú, dado que la colección de Blake fue recogida en la costa peruana del Pacífico, y en la costa los cráneos dolicomorfos se encuentran sólo esporádicamente; personalmente he recogido uno solo entre 40 ó 50 braquimorfos.

Pero, más que todo, aparece claramente cómo en ese período histórico de la antropología americana la mente de los especialistas estaba de antemano cargada de un formidable lastre de presunciones y simpatías doctrinales. Si no fuese de este modo, ¿quién explicaría la violencia lógica cometida por Davis y Wyman al considerar que la gigantesca cuestión de los dolicocefalos de América quedaba reducida a la pequeña serie peruana y, aún más arbitrariamente, a los tres ejemplares de las figuras, sin tener en cuenta, ni recordar apenas, las amplias series de indios Hurones, Algonkines, Irokese, etc., publicadas por Wilson en sus tablas craneométricas?

5. — En el año 1873 hay que señalar dos nuevos trabajos, originados ambos por una colección de 166 cráneos enviados por Hutchinson (22), cónsul inglés en el Callao, al Instituto Antropológico de Londres. Esta colección peruana fue estudiada por dos autores: J. Bernard Davis y el profesor G. Busk.

Davis, por su parte, reafirma su rechazo de las opiniones de Wilson sobre los cráneos dolicomorfos del Perú, aunque no acompañe la indicación de medida o índice alguno. Es digno de recordar que esta colección craneológica de Hutchinson, llegada a Londres contemporáneamente con una serie de terracotas artísticas, fue la causante de otra bien conocida y no menos engañosa afirmación del mismo Davis, quien sostuvo que la forma de la nariz de los indios constituye un carácter netamente americano, y como modelo de esa forma peculiar indicó la nariz de los "huacos" del Perú "distinta de la nariz romana, así como de la judía, que no puede ser descripta con facilidad, aunque se aprecia fácilmente

(22) Thomas J. HUTCHINSON.—*Two years in Peru*. 2 tomos. Londres, 1873.

por la vista". Bernard Davis, siempre sediento de demostrar de algún modo la singularidad de la somatología indiana, llamó esa forma nasal *natural nose or truly American, a natural American form, the true American Nose* (23). Toda esta terminología ambiciosa de nada ha valido al tenerse presentes las varias formas nasales que predominan entre los Amazónidos, Pámpidos, Sonóridos, Fuégidos, Láguidos e Istmidos, es decir, en la inmensa mayoría de los grupos raciales de América.

Por su parte el profesor Busk tuvo la precaución de practicar medidas (no de toda la colección, sino de unas cuantas piezas) y el estudio de las mismas lo autorizó a afirmar que, al propósito de la polémica de los dolicocefalos, la colección de Hutchinson habiale brindado resultados decisivos. En las pocas cifras por él publicadas (24) aparece, en efecto, el índice cefálico horizontal 75.

En ese mismo año 1873 la publicación de los *Crania Ethnica* llegaba, muy oportunamente, a poner el punto final a estas ya largas discusiones. Con las cifras registradas en los prospectos americanos de la magna obra craneológica de De Quatrefages y Hamy (25), las que por el índice cefálico horizontal incluyen valores de 75, 73, 70 y aún menores, quedaba definitivamente reconocido a la posteridad el derecho de hablar de pueblos dolicoideos, indígenas del territorio americano. Este derecho nos fue otorgado, como venimos narrando, a consecuencia de una lucha que puede ser comparada, con exclusión de los efectos cruentos, con las guerras destinadas a promover, en Europa, la libertad de conciencia religiosa.

Del mayor interés resultaría investigar cuáles fueron los postulados doctrinarios que obraron con todo su peso y volumen sobre el espíritu de los que pensaban como Samuel Morton.

No tenemos que modificar una sola palabra en el vigoroso requisito enunciado, en forma de dilema, por Aitken Meigs en 1866. "Si las características físicas, y más especialmente las craneológicas, de las

(23) Segunda obra citada en la nota 20, la que apareció también en HUTCHINSON: *Two Years etc.*, II tomo, páginas 318—326.

(24) George BUSK.—*Remarks on a collection of 150 ancient peruvian Skulls etc.* publicado en HUTCHINSON: *Two Years etc.*, vol. II, páginas 309—318.

(25) A. DE QUATREFAGES et E. T. HAMY.—*Crania Ethnica*. Paris, 1873-1882.

razas nativas del Nuevo Mundo hubiesen resultado uniformes y al mismo tiempo peculiares de América, esto habría brindado una prueba singularmente eficaz para demostrar que esas razas fueron en origen algo exclusivo y distinto del resto de la humanidad. Si, al contrario, se hubiese comprobado que los cráneos de esos pueblos pertenecen, en realidad, a varios tipos morfológicos bien diferenciados uno del otro, y que éstos, si no idénticos, son los representantes "homiocefálicos" de las variedades humanas del Hemisferio Antiguo, habríase asentado la probabilidad de que la población americana no estuvo aislada, ni en el sentido taxonómico, ni en el genético" (26).

6. — Como fácilmente puede apreciarse, la influencia doctrinaria que determinó tan predominante arraigo de supersticiones científicas, consistió en la vieja idea del aislamiento. "Todas las naciones americanas, fuera de los Esquimales, forman una sola raza, y esta raza es peculiar y distinta de todas las demás; la primera de estas proposiciones debe ser mantenida como un axioma en Etnología" escribió Morton el mismo año de su muerte, a guisa de testamento.

Alguien podría inquirir cómo se originó ese postulado, convertido por Morton en un axioma. Y quien lo preguntara daría prueba, ciertamente, de poseer espíritu filosófico.

Después de meditar a menudo sobre este punto, me he convencido de que, si bien fue uno solo, y muy remoto, el nacimiento de aquella opinión, o, más propiamente, de aquella creencia, no faltaron sin embargo en los siglos posteriores nuevos acontecimientos capaces de brindar a muchos espíritus la evidencia aparente de que las doctrinas de la ciencia moderna tendían a robustecerla y confirmarla.

En cuanto al momento inicial, la ideación de aquella creencia coincidió con la época en que las imprentas de España, Italia y Holanda, y luego las establecidas en México y Lima derramaron por todo el orbe cantidades inmensas de relatos y descripciones concernientes al Nuevo Mundo, y los filósofos, teólogos y simples curiosos se alimentaron de esa flamante Indología sin experimentar cansancio alguno. En vista de que

(26) J. AITKEN MEIGS.—*Observations upon the cranial Forms etc.*, ya citado, página 198.

las mil fábulas inventadas por los primeros cronistas para asentar la descendencia de los Indios del costado de Noé y Abraham, o de los naufragos de la Atlántida, o de los fugitivos de Roma y Cartago, etcétera. iban perdiendo terreno y destruyéndose una a otra, se fue difundiendo la convicción de que hasta ese momento se habían ido imaginando vinculaciones irreales, siendo que el Nuevo Mundo nada debía al Viejo. Esta tendencia se dibuja ya en los cronistas españoles más escrupulosos, y luego se ve siempre más afirmada por los de origen indio o mestizo, aunque sin rebelarse abiertamente contra la unidad confesional del diluvio.

Como nuestra finalidad está limitada al ámbito de la antropología, no daremos cuenta de lo mucho que contribuyó esa creencia a consolidar el espíritu de independencia y aislamiento continental de las naciones neo-americanas, en los asuntos literarios, religiosos y políticos.

Pero es innegable que también las ciencias naturales del siglo XIX tuvieron la responsabilidad de haber intensificado la vieja superstición del nacimiento independiente de la humanidad de América, presentando la hominación americana como un proceso autónomo, que por nada interesara a los demás continentes. Representante de este modo de pensar fue el profesor Luis Agassiz, natural de Suiza, luego miembro ilustre de las Universidades de Norteamérica y propagandista efficacísimo de las ciencias naturales en aquel país. Estaba en esa época sobre el tapete el tema de las asociaciones de los organismos vivientes en una zona geográfica definida, y especialmente las asociaciones de la fauna, luego también los problemas de la difusión de las especies y las modificaciones de los organismos por efecto del *habitat*, y de todas partes llegaban comprobaciones capaces de robustecer el nuevo concepto de "región biológica". Agassiz, que era principalmente un zoólogo y geólogo, fue llevado por ese ciclo de ideas a concebir una explicación de la diversidad de las razas humanas por efecto de la disparidad de los ambientes geográficos y faunísticos, mediante una hipótesis que nos sorprende aún hoy por su audacia extraordinaria. Afirmó Agassiz que, al haberse logrado circunscribir en la superficie del planeta una serie de zonas o círculos limitados por fronteras naturales, en cuyo territorio se observan peculiares asociaciones de animales, se ha dado con ello la solución al problema del Hombre, porque se puede evidenciar que las fron-

teras de esos mismos círculos faunísticos son las que apartan una de otra a las variedades humanas. A cada uno de esos círculos, representativo a su vez, de una porción conspicua de las tierras emergidas, había que considerarlo como un centro independiente de hominación, y Agassiz contó en la tierra bien ocho de tales "cunas" de la humanidad. Una de ellas correspondía a América, y de allí que los caracteres del hombre americano fuesen algo peculiar, sin relaciones con el resto de los mortales. Cuando se difundieron los escritos de Samuel Morton, el profesor Agassiz aceptó de mil amores sus conclusiones, y escribió que los descubrimientos del profesor de Filadelfia venían a confirmar, muy oportunamente, la existencia de un tipo humano apartado en un sector de la tierra provisto de una fauna particular y limitado por fronteras naturales (27).

Si hay una ventaja en la doctrina de Agassiz, es la de su comodidad, porque elimina *ipso facto* los problemas de clasificación y los genéticos, dentro del árbol de *Hominidæ*. Ella representa, además, el máximo de las ambiciones del pensamiento mesológico, o determinismo del ambiente en las formas orgánicas, el que, en asuntos humanos, ha sido resumido en la frase: *dadme climas y relieve geográfico, y os daré razas*. Bajo el punto de vista de la "filosofía natural", representa una de las posibilidades extremas, u oscilación máxima, del movimiento pendular que gobierna el pensamiento de los naturalistas y lo impele, en épocas aproximadamente alternadas, desde la más pasiva subordinación al "ambiente físico", hacia la más absoluta afirmación de la "fijeza de los genes".

En lo que concierne, más estrictamente, a nuestra disciplina, mucho tiempo y larga experiencia han sido necesarios para que se comprendiera en los muchos rincones de mundo que es vana toda investigación antropológica recortada al modo de una viñeta local, con visión particularista y mezquina. *La Antropología es ecuménica o no es nada*.

Otras tantas dificultades se han opuesto a que se descubriera, finalmente, que el hecho fundamental de la historia del Hombre es el fac-

(27) Louis AGASSIZ.—*Sketch of the natural Provinces of the Animal World and their relation to different Types of Man*; in NOT y GLIDDON: *Types of Mankind etc.* Londres, 1868, Introducción, página 58.

tor migratorio. Este factor no está, por supuesto, limitado al hombre, pues, en cambio, es común a la mayor parte de los organismos conocidos (las mismas asociaciones faunísticas de que hablaba Agassiz son el resultado final de innumerables procesos de difusión migratoria); sin embargo, en lo que concierne al Hombre, se impone considerarlo como especialmente intenso, y, a empezar desde De Quatrefages y Ratzel, en cierto sentido inconmensurable.

7. — Para entender cabalmente el cambio que ha tenido, en las Universidades y Academias de Estados Unidos, la línea directiva de la antropología más reciente, tendremos que recordar una idea que, nacida a guisa de brote lateral sobre el tronco de la *Single Race*, empezó a tener vida propia y siempre más numerosos partidarios, después que Humboldt y Pickering le dieron, con su nombre, autoridad decisiva.

"Las naciones de América —había escrito Humboldt— exceptuando las que bordean el círculo polar, forman una raza única, cuyas características son, además de la forma cranial, el color del cutis, la extrema escasez de barba y el cabello rígido y liso". A lo que agrega: "La raza Americana presenta muy sorprendente semejanza con la de las naciones Mongólicas; Hunos, Kalkas, Kalmukos y Buriatos" (28).

Otro tanto fue repetido luego por Pickering (29). En realidad, tendríamos que agregar que el primero en hablar de este modo fue un zoólogo alemán de fines del siglo XVIII, el profesor Zimmermann (30).

Este parentesco mongólico nos sugiere desde ya dos observaciones.

La primera es que está fundado esencialmente en los caracteres "exteriores", como ser la pigmentación cutánea, comprendiendo el iris, la ausencia de pelos faciales y la forma del cabello, propia de un pueblo

(28) A. von HUMBOLDT.—*Researches concerning the institutions and monuments of the ancient Inhabitants of America*. Londres, 1814. (Véase el I tomo, Introducción).

Mismo autor.— *Personal Narrative of travels to the equinoctial regions of America*. Londres, 1852. Vol. I, página 325.

(29) Charles PICKERING.—*The Races of Man and their geographical distribution*. Londres, 1851.

(30) ZIMMERMANN.—*Zoologie Geographique; l'Homme*. Cassel, 1784.

lisotrico. Se trata de los caracteres más fácilmente perceptibles por el viajero, y los encontramos registrados ya en la primera cartilla antropológica del Indio, anotada por el Almirante el mismo día de su desembarque en Guanahani, el 12 de Octubre de 1492. Sobre el *criterio pigmentario y tegumentario* de esta clasificación, el texto de Humboldt es, por buena suerte, suficientemente explícito.

La segunda observación es que con el parentesco mongoloide venía a desaparecer la segunda parte del antiguo postulado, la que afirmaba el aislamiento genético y clasificatorio. El mismo Morton se sintió perturbado por esta consecuencia lógica, especialmente cuando notó que en los últimos años de su larga predicación aumentaban los secuaces del mongoloidismo. Poco antes de desaparecer escribió unas extrañas palabras, a manera de testamento científico: "Dieciseis años de comparaciones casi diarias han confirmado (al autor) en la conclusión ya anunciada en sus *Crania Americana*, esto es, que todas las naciones de América, exceptuando a los Esquimales, forman una única raza, y que esta raza es peculiar y distinta de todas las demás. La primera de las dos proposiciones debe ser mantenida como un axioma en Etnología, la segunda en cambio favorece el levantarse de opiniones en pugna, entre las cuales prevalece la que quisiera sumergir la raza Americana en la Mongólica" (31).

8. — El desarrollo histórico de una disciplina es casi siempre una secuencia de puntos básicos, líneas directivas y movimientos de especulación íntimamente vinculados unos a otros en la sucesión del tiempo. El conocimiento del pleno desarrollo conseguido en los tiempos actuales por una posición abortada en la pasada generación es tan útil para nosotros como indagar los más remotos orígenes de cualquiera de las orientaciones que caen en el horizonte actual bajo nuestra crítica. Ya veremos en otro lugar que de la hominación múltiple de Agassiz nació en Sudamérica, medio siglo después, una teoría destinada a levantar gran alboroto. En cuanto a las escuelas de Estados Unidos, toda persona que

(31) Samuel G. MORTON.—*Some observations on the Ethnography and Archeology of the American Aborigines*, en "The Journal American Journal of Sciences", Vol. II, 2ª serie, 1846.

ha seguido nuestra exposición advierte que los especialistas norteamericanos del presente son los continuadores directos de Morton, tal como éste se nos muestra en el último trozo transcripto, del mismo modo que el *American Homotype* es un avatar de la *Single Race*.

Indudablemente la época más brillante de la Antropología de la América del Norte terminó con la clausura de las polémicas de Boston y Filadelfia. Los actores principales de esas jornadas, D. Wilson y Aitken Meigs, merecen ser recordados como los propulsores del período más fecundo de la antropología de América, a pesar de que en su propio país sus continuadores hayan preferido hacerse partidarios y defensores de la causa que en ese entonces salió perdedora.

¿Cómo pueden ser explicados tales regresos al Caos?

Cedemos la palabra al mismo Aitken Meigs, cuyas páginas hemos seguido con gran admiración y amor en muchos puntos de esta reseña, al igual que las páginas de Daniel Wilson. Con infinita sorpresa hemos ido averiguando mediante la repetida lectura de esos textos que pronto tendrán cien años, de qué modo pudo hermanarse la meticulosidad del método métrico y la genialidad del craneoscópico con tanta amplitud de panoramas clasificatorios y tan pulida, tan meditada probidad dialéctica.

"Los albores de toda ciencia —dice Aitken Meigs— se caracterizan por la abundancia de hechos crudamente enunciados y observaciones imperfectas, de los que se derivan generalizaciones apresuradas, y éstas más se parecen a meras especulaciones que a deducciones formuladas con el necesario rigor. Tales afirmaciones erróneas y generalizaciones prematuras suelen encontrar la aceptación de todos, de un solo golpe, como verdades científicas. Es cierto que no faltan observadores más prudentes, que reservan su aprobación, pero su opinión no tiene sostenedores fuera de los mismos autores, hasta tanto que las dichas afirmaciones caen en conflicto con otras mejor conocidas y más sólidamente elaboradas, o bien son empleadas en el desarrollo de teorías más elevadas y de mayor amplitud. Sólo entonces se les somete a una investigación rigurosa y se llega a valorar, finalmente, su verdadera eficacia" (32).

(32) J. AITKEN MEIGS.—*Observations upon the cranial Forms etc.*, ya citado, página 197.

Esto se repite en nuestros días. Por segunda vez "problemas más elevados y de mayor amplitud" hacen necesario una revisión *ab imis* de lo que Aitken Meigs llamara "a scientific dogma", y que nuevamente se encuentra en circulación con ligero disfraz.

Por fin, cabe asentar que, en razón de la persistente vitalidad de que gozan las "generalizaciones prematuras" que acabamos de recordar, las líneas generales de la Antropología americana pueden representarse mediante dos círculos que cronológicamente se tocan en un punto, a manera de un 8; el más antiguo consistió en una gigantesca contienda cuyo fin fue demostrar que gran parte de los Americanos nativos son dolicocefalos; el más reciente, o actual, en la otra que se propone establecer que la mayoría de los Americanos no es mongoloide. Ambos círculos, el antiguo y el moderno, encierran, a guisa de cerco, dos proposiciones igualmente tradicionales como erróneas, las que, en el fondo, no son más que el dúplice aspecto de la misma superstición.

(Especial para UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA)

